

UNA MICROHISTORIA EN IMÁGENES DE LA CLASE OBRERA: LOS CASOS DE RIOTINTO Y DE LA EMIGRACIÓN ESPAÑOLA A ALEMANIA¹

Francisco Baena
(Universidad de Sevilla)

1. Introducción

“Imagen y sociedad. El mundo a través de la fotografía y el documental”. Ese es el título del congreso en el que se enmarca la ponencia que voy a pronunciar en los próximos noventa minutos. Sólo cambiando una palabra de ese título, la palabra “mundo”, podríamos llegar al tema sobre el que pienso hablar a continuación, es decir, sobre la posibilidad de hacer historia –y buena historia– a través de la fotografía y el documental, y todo ello ejemplificado a partir de los casos de Riotinto y de la emigración española a Alemania.

“Una microhistoria en imágenes de la clase obrera”, el título de mi ponencia, hace referencia también a la necesidad de plantear otra forma de hacer historia, una forma radical de hacer historia que incluya a la gente corriente, y que rescate la acción y la experiencia de los perdedores. Movida por una suerte de compromiso social e incluso moral, la historia radical aspira a hacer presente un pasado no bien conocido. Se adentra como verdadero agente de la memoria en acontecimientos y sujetos silenciados e ignorados, con el propósito de otorgarles la voz y la visibilidad que durante largo tiempo pudieron haberles sido negadas.

Fue el historiador marxista británico Edward P. Thompson quien mejor planteó esta forma radical de hacer historia, este compromiso social del historiador, en su obra *Agenda para una historia radical* (1994). Thompson exige “descubrir la racionalidad de la sinrazón social” desde los niveles más exigentes de la disciplina histórica. Más que construir modelos a Thompson le interesa localizar nuevos problemas, así como ver viejos problemas de formas nuevas, haciendo énfasis en aquellos personajes secundarios, que considerábamos meros acompañantes del proceso, y en las situaciones excepcionales.

¹ Ponencia pronunciada el día 14 de abril de 2011 en el marco del congreso “Imagen y sociedad. El mundo a través de la fotografía y el documental”, celebrado en la Facultad de Comunicación de la Universidad de Sevilla.

Más que un repertorio de instrucciones, esta ponencia es una apuesta por el compromiso social del historiador, por la importancia del contexto, de la historia contada *desde abajo* y de los casos atípicos como reveladores de lo evidente, por el cuestionamiento crítico de las fuentes convencionales u oficiales, y por la innovación historiográfica, a fin de formular nuevas preguntas, buscar nuevos temas y plantear nuevos enfoques. Pero es también una invitación a luchar contra los malos hábitos y los lugares comunes de la disciplina histórica, tales como el culto al cuantitativismo y al anonimato.

Muy sugerente para abordar el estudio de la cultura popular, se trata de otra forma de hacer historia que no se contente con el simple conocimiento, sino que se interese también por la ejemplaridad, la legitimidad, la conmemoración y la identidad. Asimismo, esta forma radical de hacer historia debe asentarse en procedimientos y lecturas interdisciplinarias que vayan más allá de los límites convencionales de la historia (modelo tradicional, descriptivo, irreflexivo, acrítico y positivista), renovando sus planteamientos y enriqueciendo sus aportaciones con algunas de las nuevas corrientes historiográficas, como la microhistoria, la historia oral o la historia de las imágenes.

1.1. La microhistoria

La microhistoria es un tipo de historia que estudia el pasado desde el punto de vista de la pequeña comunidad, sea ésta una aldea, una calle o una familia. Se halla en estrecha conexión con la antropología y la sociología. Se trata de una vuelta, aunque desde una perspectiva totalmente renovada, a los estudios locales y microscópicos, a la pequeña escala, en tres ámbitos: geográfico (una aldea), sociológico (un grupo social o profesional) y biográfico (un molinero o una campesina). La microhistoria permite combinar la nueva historia cultural con la historia local y está emparentada con la historia de la vida cotidiana y la historia desde abajo. Sólo se interesa por las capas populares y por su expresividad cultural específica, así como por sus episodios y formas de conflictividad.

Sus características generales son las siguientes: la reducción de escala; el debate sobre la racionalidad; el pequeño indicio como paradigma científico; el papel de lo particular, sin oponerse, en cambio, a lo social; la atención a la recepción y al relato; una definición específica de contexto; el rechazo del relativismo; y el estudio de la historia social centrado en las clases populares.

A finales de la década de 1970, algunos historiadores italianos apostaron por un tipo de historia cultural basada en la reducción de la escala de observación a contextos históricos de pequeñas dimensiones. Buena parte del éxito que cabe atribuir a la microhistoria depende de una obra y de un historiador: *El queso y los gusanos* (1976), de Carlo Ginzburg. Su paradigma indicial, establecido a partir de los vestigios dejados por el célebre molinero Menocchio, ha sido la versión más divulgada de esta corriente. Sin embargo, Edoardo Grendi fue el primero en defender un enfoque micro para la historia, unos años antes que Ginzburg, en oposición a esa historia que se basaba en las grandes magnitudes, en la larga duración, en el anonimato y en lo cuantitativo.

En principio, su planteamiento no parece demasiado original. Una historia micro, centrada en la vida cotidiana y en los aspectos socioculturales, ya había existido, pero normalmente había sido hecha desde la perspectiva de las elites. ¿Por qué es entonces original y novedoso el planteamiento de la microhistoria? En primer lugar, porque se interesa precisamente por la vida de la gente corriente, de las personas que llevan una existencia ordinaria, ya que éstas reflejan con mayor naturalidad las aspiraciones, los valores y los principios de una sociedad. En segundo lugar, porque renuncia definitivamente a considerar el poder político y los factores económicos como los principales elementos sobre los que construir la historia. En tercer lugar, porque considera que no hay una sola historia lineal ni una única visión, sino muchas historias que se entrecruzan (tantas como historias personales), que exigen una visión múltiple. Y, en cuarto y último lugar, porque incorpora al cuerpo principal del relato los procedimientos de la misma investigación, las limitaciones documentales y las construcciones interpretativas.

Según el *paradigma indicial* desarrollado por Ginzburg, el historiador sigue el rastro de las huellas dejado por la realidad para esbozar interpretaciones, es decir, se sirve de los indicios –y no de los tópicos ni de las evidencias– que dejan ver las fuentes, de modo parecido a como el médico establece un diagnóstico de manera inductiva, pero también al estilo del detective Sherlock Holmes. Ginzburg apuesta por el “rigor elástico”, por la intuición, para elegir, de entre un conjunto limitado de posibilidades, aquella que resulta ser la más plausible, la más verosímil. Para dar sentido a su interpretación y a su relato, reconstruye el contexto y asigna significados a olvidos y silencios (no sólo a palabras).

Los ejemplos más característicos que se suelen citar sobre microhistoria son las narraciones históricas de Carlo Ginzburg sobre un molinero italiano del siglo XVI (*El*

queso y los gusanos, 1976) y la de Natalie Z. Davis sobre una aldeana del sur de Francia (*Martin Guerre*, 1982). Los libros de Ginzburg y de Davis se leen como una novela y hay que empezarlos por el principio. Pero, al mismo tiempo, se pueden considerar verdaderas obras históricas, porque todas sus afirmaciones se basan en una documentación rigurosamente tratada. Sin embargo, mientras que el relato de Ginzburg nunca pierde la credibilidad y la verosimilitud, el de Davis se mueve continuamente en los límites que separan la verdad de la ficción.

Lo que plantea Davis es un problema tan tradicional como la dificultad que supone para el historiador adentrarse en el mundo de la objetividad de las fuentes. Su intención es legitimar la capacidad del historiador de llenar con su imaginación las lagunas de la documentación. Sin embargo, la imaginación histórica sólo es legítima si se basa en un profundo conocimiento de la estructura interna de las fuentes y del contexto de la región.

Por el contrario, Ginzburg plantea las dificultades que entraña para el historiador la oposición entre lo general y lo particular. Su intención es legitimar la posibilidad de acceder a conclusiones macrohistóricas a través del estudio de la gente corriente. A partir de la documentación judicial, intenta asociar las manifestaciones heterodoxas del molinero Menocchio a una secular cultura campesina mediterránea, al tiempo que relaciona su ajusticiamiento con los esfuerzos del poder por suprimir esa cultura. Ese intento aparece ya implícito en el subtítulo del libro: “El cosmos, según un molinero del siglo XVI”. Además, articula un relato creíble, lineal (prescinde de las farragosas notas a pie de página), coherente y bien construido.

En definitiva, la microhistoria sólo es legítima, es decir, hacer historia global a una escala micro sólo puede funcionar, si está bien fundada documentalmente y, además, está bien escrita. No obstante, el difícil reto que plantea la microhistoria consiste en elegir un ejemplo concreto, en narrar un hecho singular, con aspiraciones globalizantes, es decir, en combinar la vida local con el marco. En este planteamiento parece haber una paradoja: por un lado, se abandona la aspiración a la historia total de una sociedad; pero, por otro, se vuelve a aspirar a esa totalidad a través del estudio de lo concreto, otorgándole una dimensión universal.

1.2. La historia de las imágenes

La historia de las imágenes es la historia escrita a partir de documentos visuales: edificios, mobiliario, paisaje, pinturas, estatuas, grabados, fotografías y películas. Al

igual que los textos o los testimonios orales, las imágenes son una forma importante de documento histórico que se está utilizando cada vez más a menudo como fuente principal para la reconstrucción del pasado reciente.

En cuanto a sus principales aportaciones, las imágenes pueden ofrecer testimonio de algunos aspectos de la realidad social que los textos pasan por alto, al menos en algunos lugares y en algunas épocas. Además, la imagen puede dar testimonio de aquello que no se expresa con palabras y captar la sensibilidad colectiva de una época pasada.

La imagen a menudo es menos realista de lo que parece y, más que reflejar la realidad social, la distorsiona, de modo que los historiadores que no tengan en cuenta la diversidad de las intenciones de los pintores o fotógrafos pueden verse inducidos a cometer graves equivocaciones. Sin embargo, el propio proceso de distorsión constituye un testimonio de ciertos fenómenos que muchos historiadores están deseosos de estudiar: de ciertas mentalidades, de ciertas ideologías e identidades.

Por tanto, la imagen constituye una fuente fundamental y traicionera a un tiempo para desvelar tanto los conceptos no expresados como las actitudes conscientes. El testimonio de las imágenes resulta más fiable cuando nos dicen algo que ellas, en realidad los artistas, no saben que saben, de ahí la importancia de prestar atención a los pequeños detalles, a las pistas más insignificantes, a los vestigios.

La historia de las imágenes nace a mediados de los años sesenta, cuando el historiador británico Raphael Samuel se dio cuenta del valor de las fotografías como documentos de la historia social del siglo XIX, pues le ayudaban a construir una historia desde abajo centrada en la vida cotidiana y en las experiencias de la gente corriente. Más recientemente, el historiador británico Peter Burke ha publicado *Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico* (2001), reivindicando el valor histórico de las fuentes visuales.

Cuando utilizan imágenes, los historiadores suelen tratarlas como simples ilustraciones, reproduciéndolas en sus libros sin el menor comentario. En los casos en los que las imágenes se analizan en el texto, su testimonio suele utilizarse para ilustrar las conclusiones a las que el autor ya ha llegado por otros medios, y no para dar nuevas respuestas o plantear nuevas cuestiones. Esta corriente reivindica el valor de las fuentes visuales en la moderna historia social como forma de proporcionar presencia histórica a aquellos cuyos puntos de vista y valores han sido oscurecidos por la *historia desde arriba*. De hecho, el uso de la imagen como documento histórico ha sido fundamental

para el desarrollo de la historia de la vida cotidiana. Las imágenes permiten al historiador “imaginar” el pasado de un modo más vivo, compartir las experiencias y los conocimientos no verbales de las culturas del pasado.

Sin embargo, la historia de las imágenes no está exenta de problemas. Como ya advirtió el fotoperiodista estadounidense Lewis Hine a principios del siglo XX, “aunque las fotos no mienten, los mentirosos pueden hacer fotos”. De ahí que las imágenes sean testigos mudos y resulte difícil traducir a palabras el testimonio que nos ofrecen. De hecho, no es raro que los historiadores se dediquen a leer entre líneas las imágenes e interpreten cosas que el artista no sabía que estaba diciendo. En definitiva, el testimonio de las imágenes, como el de los textos, plantea problemas de contexto, de función, de retórica e incluso de calidad del recuerdo (si data poco o mucho después del acontecimiento). Y, en consecuencia, algunas imágenes ofrecen un testimonio más fiable que otras.

Por tanto, cuando utiliza una imagen, el historiador debe empezar por estudiar el propósito que con ella perseguía su autor. El autor de las imágenes no tiene por lo general una mirada inocente sobre los acontecimientos, es decir, no adopta una actitud totalmente objetiva, libre de expectativas y prejuicios de todo tipo. Literal y metafóricamente, las imágenes reflejan un punto de vista.

Otro problema que se plantea al historiador es si se debe prestar crédito a las imágenes y hasta qué punto debe hacerse. En el caso de la fotografía, no siempre resulta fácil situar la imagen en su contexto pues la identidad de los modelos y de los fotógrafos a menudo se desconoce, y las propias fotografías, que originalmente formaban parte de una serie, han sido desgajadas del conjunto en el que fueron expuestas en un principio, para acabar en algún museo o archivo. Los historiadores que utilizan imágenes no pueden ignorar la posibilidad de la propaganda o de las visiones estereotipadas del otro.

En conclusión, el testimonio de las fotografías es de gran utilidad si se las sabe someter a un careo severo.

1.3. La historia oral

La historia oral es la historia escrita a partir de los testimonios orales de testigos vivos; es decir, en vez de documentos escritos, utiliza la evidencia oral como fuente principal para la reconstrucción del pasado reciente. Al igual que la historia de las imágenes, esta corriente reivindica el valor de las fuentes orales en la moderna historia

social como forma de proporcionar presencia histórica a aquellos cuyos puntos de vista y valores han sido oscurecidos por la *historia desde arriba*. Uno de los historiadores orales más importantes es Paul Thompson, cuya obra *La voz del pasado. Historia oral* (1978) se ha convertido en toda una referencia. En España destaca la publicación periódica de la revista *Historia y Fuente Oral*, denominada actualmente *Historia, Antropología y Fuentes Orales*.

La evidencia oral está formada por dos tipos de fuentes: la tradición oral y el recuerdo personal. La tradición oral es el testimonio oral transmitido verbalmente de una generación a la siguiente, o a más de una generación. Constituye el material fundamental con el que contamos para reconstruir el pasado de una sociedad con una cultura oral. Formas de tradición oral son la poesía laudatoria, las canciones, los refranes, los mitos del origen, las historias dinásticas o las historias de familia de la gente corriente. Por el contrario, el recuerdo personal se basa en las experiencias propias del informante, y no suele pasar de generación en generación excepto en formas muy abreviadas, como, por ejemplo, en el caso de las anécdotas privadas de una familia. Los recuerdos personales directos constituyen la mayor parte de la evidencia utilizada por el movimiento de la historia oral.

El uso histórico de las fuentes orales se inició en el ámbito anglosajón durante la segunda mitad del siglo XX y lo hizo como una técnica al servicio de la historia social. En las dos últimas décadas la historia oral ha madurado dentro del canon historiográfico y ha perdido su fama de rareza poco fiable. Ha tomado dos caminos: o bien se ha imbricado cada vez más con la sociología por la utilización sistemática de las denominadas “historias de vida”; o bien ha abordado la importancia crucial de los silencios, es decir, lo más importante en una conversación es aquello que nos callamos, lo que no decimos es lo que realmente interesa.

En cuanto a sus principales aportaciones, la historia oral permite al historiador ser un historiador completo, capaz de utilizar las fuentes adecuadas para estudiar las diversas problemáticas de la historia contemporánea. La información oral sirve para comprobar la fiabilidad de otras fuentes, de la misma forma que éstas son su garantía. También nos proporciona detalles minuciosos que de otro modo serían inaccesibles, lo que se denomina “segundo archivo”. Equilibran la balanza entre el tiempo largo y corto, entre las estructuras y los individuos que les dan vida. Oponen a las grandes síntesis lo único y contradictorio; a la historia entendida según un planteamiento cronológico lineal, emoción y superposición de recuerdos. Finalmente, son desmitificadoras, esto es,

ponen cortapisas a afirmaciones que parecían inamovibles y a convicciones que han modelado nuestra visión del pasado.

No obstante, la mayoría de los historiadores suelen mostrarse en general bastante escépticos sobre el valor de las fuentes orales en la reconstrucción del pasado. Tradicionalmente, la historia oral ha sido descalificada y marginada de la historiografía académica. ¿Por qué? Por su subjetividad, por la fragilidad de la memoria (sometida a la capacidad de olvido y mentira de la gente), por la posibilidad de que la tradición oral sea inventada y por aproximarse al pasado desde el presente. Según el historicismo clásico, se han de preferir las fuentes oficiales escritas (más precisas formal y cronológicamente), de hallarse disponibles; la información oral representa la segunda o tercera opción y nunca podrá originar grandes hipótesis históricas sobre grandes acontecimientos; su papel se limitaría a facilitar historias de segunda categoría sobre comunidades con pobres fuentes de información (por ejemplo, la historia de las sociedades ágrafas en África); en el caso de personas famosas, los recuerdos personales son muy dados a autojustificaciones muy útiles a posteriori y, entre la gente poco importante, a lapsus de memoria. En conclusión, la historia oral se limitaría a decirnos cosas triviales sobre gente importante, y cosas importantes sobre gente trivial.

Pero, ¿cuál ha sido la respuesta del movimiento de la historia oral? Lo más importante es establecer un diálogo entre las fuentes escritas, acabadas y limitadas, y las fuentes orales, abiertas y “vivas”, porque unas y otras dan versiones diferentes, se enriquecen entre sí y generan una historia más completa. Además, las fuentes escritas se enfrentan a idénticos problemas de fiabilidad, subjetividad, selección, parcialidad e inexactitud. Por otra parte, los historiadores orales pueden elegir a quién entrevistar y acerca de qué. Y la entrevista puede también ocasionar el descubrimiento de documentos escritos y fotografías que de otro modo no habrían sido localizados.

2. La colonia británica de las minas de Riotinto

La Compañía de Río-Tinto Limitada (conocida también como la *Río-Tinto Company Limited*, en inglés, o simplemente por sus siglas, *RTCL*) fue la empresa británica que explotó las minas de Riotinto desde 1873 hasta 1954. En esos más de ochenta años, cimentó un poder económico y político de tipo hegemónico y colonial, y ejerció un dominio absoluto no sólo sobre la cuenca sino también sobre las autoridades provinciales y nacionales. La comisión del Instituto de Reformas Sociales que visitó la explotación minera en 1913 no dudó en calificarla en su informe como “una colonia extranjera servida por españoles”, una colonia que, en su momento álgido, llegó a tener 42.000 habitantes y abarcó prácticamente la vida de cuatro municipios.

De todas las acepciones que, a lo largo del siglo XIX, fue tomando el término *colonia* quizá sea aquella que insiste en su sentido étnico y comunal la que mejor se adapte a la consideración histórica de las minas de Riotinto como un enclave en el que un círculo de extranjeros, pertenecientes a una comunidad cultural ajena y políticamente distinta, reproducían las características propias del colonialismo británico. Sin duda, los puestos de más importancia –lo que se denominaba entonces el *staff*– estaban en manos del personal británico.

Desde el punto de vista del mercantilismo, Riotinto también puede ser considerada como una colonia por su asimilación a *factoría* –en su caso no se trataría de un puerto sino de una mina– de la que se extraían todo tipo de riquezas naturales, como, por ejemplo, la pirita y el cobre. Pero hay más acepciones del vocablo que casan con la realidad colonial de Riotinto, como aquella que se refiere –con una clara intención peyorativa– al proceso de intromisión económica, política y cultural en los asuntos de un país soberano, una intromisión que se ajusta a la creciente injerencia de la Compañía británica, que practicó a su antojo –y con éxito– las corruptelas propias del sistema político de la Restauración.

Hacia 1880, la II Internacional acuñó el término complementario de *semicolonia* para definir precisamente aquellas realidades que, como Riotinto, no eran formalmente colonias de una potencia europea pero sí padecían una dominación de este tipo. Siempre y bajo cualquier soporte –prensa, pasquín o asamblea– la propaganda sindical –precisamente, de inspiración socialista– aludía al colonialismo de la Compañía y la acusaba indistintamente de la explotación laboral y la aculturación de la clase obrera. “Queda en pie –escribía Egocheaga, uno de los líderes sindicales más importantes, en un pasquín publicado en enero de 1919– el imperialismo feroz del capitalismo inglés,

que devora Riotinto, que roba el oro de sus entrañas, la sangre de sus hijos y la libertad de su pueblo”. Dos voces distintas durante gran parte del siglo XIX –colonia e imperio– aparecían íntimamente ligadas en la conciencia de la clase obrera.

Los tentáculos de la Compañía británica se movían a la altura de las bolsas internacionales, de los mercados mundiales del cobre –como un fenómeno más de esa segunda fase imperialista y global del capitalismo– y de la alta política española. En el plano local, la dominación que practicaba sobre los mineros adquirió dimensiones desproporcionadas en virtud de su contrato con el Estado español, por el que era dueña del suelo y del sobresuelo de los varios kilómetros cuadrados que ocupaban su concesión y que, curiosamente, coincidían con el término municipal de Minas de Riotinto.

Su hegemonía intentó compensarse con lo que se conoce como *paternalismo empresarial*. Por lo general, pagaba bien. Los economatos, propiedad de la empresa, facilitaban artículos de primera necesidad a precios más bajos que en el comercio ordinario. Disponía de un buen servicio médico-farmacéutico. Construyó casas para sus obreros en varios poblados y las alquiló a precios no muy elevados. Y puso en marcha escuelas para educar a los hijos de los trabajadores y combatir las altas tasas de analfabetismo de la región.

Pero precisamente por ello, toda la vida de los mineros dependía de la Compañía. En el momento en que los trabajadores protagonizaban un intento de huelga o cualquier protesta violenta, la empresa les ordenaba desalojar las casas, les encarecía el pan y las demás subsistencias e incluso les instaba a exiliarse de la comarca. Además, cualquier forma de insurgencia o resistencia estaba abocada al fracaso, puesto que debía enfrentarse a la coacción y a la represión de una especie de policía particular, los guardiñas. Además de proteger las propiedades de la empresa, su cometido consistía en informar al director general de cualquier movimiento sospechoso entre los mineros más comprometidos y activistas. Finalmente, la mayoría de los cargos políticos, administrativos y judiciales de los pueblos de la cuenca eran empleados de la Compañía o estaban muy vinculados a ella. Y, para acrecentar el dominio, las únicas comunicaciones rápidas con el mundo exterior –ferrocarril, teléfono y telégrafo– eran de su propiedad. En esas condiciones, una hegemonía absoluta no tenía más remedio que propiciar una conflictividad total.

2.1. El poder dominante: la Compañía

El nombre de Riotinto empezó a sonar internacionalmente en 1873, cuando un consorcio de inversores británicos adquirió las minas al Estado español –por entonces, republicano y en bancarrota– por casi cuatro millones de libras esterlinas, cerca de 93 millones de pesetas. Hasta entonces, las minas habían estado en manos privadas o públicas españolas y no habían reunido los requisitos para ingresar en la nueva era de la industrialización. Los elevados costes de explotación y la incompetencia de la burocracia política, así como la ausencia de capitales privados y del conocimiento empresarial más avanzado, habían impedido competir con las minas británicas. A finales de los años sesenta, diversas circunstancias –entre ellas, la precaria situación de los gobiernos españoles después de 1868– obligaron al Estado a poner en venta las minas de Riotinto.

En los años ochenta del siglo XIX, la empresa ya producía el 10 por ciento del cobre mundial. Además, la provincia de Huelva era el mayor depósito de pirita del mundo. Pero fue durante la primera década del siglo XX cuando la Compañía asistió a su época de máximo esplendor económico. Casi treinta años después de su fundación, la RTCL figuraba como la tercera sociedad minera del mundo, tras Anaconda y De Beers. Sus dirigentes, con una larga experiencia americana, hicieron del autoritarismo el eje de la nueva cultura empresarial.

El año 1908, en cambio, marcó el comienzo de su declive, una situación que se agravó con la aparición del sindicalismo en 1913 y el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914. El conflicto alteró gravemente la actividad minera y Riotinto, pese a la neutralidad oficial de España, sintió la sacudida: la pérdida de mercados tradicionales como el alemán y la dificultad de acceder al americano explicaban una menor producción, así como la rebaja a tres o cuatro días de la semana laboral.

Al margen de la actividad empresarial, los empleados británicos de la Compañía y sus familias intentaron recrear en miniatura el tipo de sociedad victoriana que habían dejado tras de sí en Gran Bretaña. El deliberado aislamiento urbanístico de la colonia británica, que fue más fuerte que el contacto diario con los trabajadores españoles, acabó levantando también unas barreras culturales impenetrables. Los ingleses de Riotinto conformaban una comunidad hermética, de unas 200 personas, que fomentaba la endogamia entre sus miembros. De hecho, la dirección general había establecido la directriz de no mezclarse con la población nativa, por lo que el mestizaje (los matrimonios con españoles) estaba muy mal visto. El aislamiento se vio reforzado,

además, en ciertos momentos de ansiedad y temor; por ejemplo, cuando alguna epidemia de malaria o tuberculosis asolaba la comarca o se producía algún ataque repentino e inesperado contra empleados británicos. Los numerosos privilegios de los británicos y las sangrantes prohibiciones a los españoles constituían la tónica dominante de la segregada vida cotidiana en Ríotinto.

A principios del siglo XX, el poblado de Bella Vista se asemejaba más a las comunidades que se estaban forjando por entonces en las colonias que a un pueblo de la campiña inglesa. Los británicos –ingleses y escoceses, en su mayoría– que vivieron en Ríotinto eran de procedencia y características similares a la mayoría de los que se desplazaban a administrar el imperio: prósperos burgueses formados en las *public schools*. La infranqueable diferencia entre la colonia británica y los españoles se reforzó también a través del lenguaje: en 1900, la palabra “nativo” se aplicaba frecuentemente para referirse a los habitantes de la comarca con el sentido colonial de inferioridad.

La progresiva segregación entre las dos comunidades, que se debió fundamentalmente a la actitud de gran parte del personal británico, se agudizó con la importación de algunas costumbres de la metrópoli: las celebraciones públicas, por ejemplo, estaban reservadas para el cumpleaños de la reina Victoria, el día 24 de mayo. Ese día se paralizaba el ferrocarril y se celebraban una serie de eventos, desde competiciones deportivas hasta juegos y un gran baile de colofón. Además, la empresa mandó construir una iglesia presbiteriana, que se convirtió en el centro religioso de la comunidad extranjera a partir de 1891, así como un cementerio de uso exclusivo. A las celebraciones y los servicios espirituales solía acudir toda la colonia británica. Su distribución entre los bancos del templo reflejaba una clara diferenciación social: el director general, por ejemplo, ocupaba siempre la primera fila junto a su familia; a su espalda, el resto del personal se sentaba en función de la jerarquía laboral.

Como en los asentamientos de la India imperial, la vida de la colonia británica giraba en torno al club social, donde se podía jugar al billar y leer los números atrasados del *Times* bajo la atenta mirada de la retratada reina Victoria. Estaba equipado con una buena biblioteca, una cafetería, un gran salón de bailes y una habitación de uso exclusivo de los hombres, en cuya puerta había un letrero que rezaba “Men only”. El club se encontraba situado cerca de la mansión donde el director general residía junto a su familia al estilo de un gobernador colonial.

El director general más recordado y odiado de los que tuvo la Compañía fue Walter J. Browning. Asumió sin problemas su papel de virrey de esta peculiar colonia

del imperio británico y, enseguida, estableció un dominio absoluto y autoritario de las minas que nunca cesó durante su permanencia en el cargo (1908-1927). Fue un completo autócrata que no toleraba críticas. A muchos de los empleados británicos molestaba el menosprecio de Browning, pero la admiración, aunque resentida, era mayoritaria. Al crecer su autoridad y su poder personal con el paso de los años, su influencia se hacía sentir en toda la provincia de Huelva, incluido Riotinto. Por eso, hacia 1914, la gente de la comarca le llamaba “el rey de Huelva”. Su reinado, no obstante, fue turbulento, con frecuentes y violentos conflictos laborales, disturbios políticos y amenazas de asesinato.

La Compañía promovió y creó las infraestructuras de toda la comarca: carreteras, puentes, ferrocarriles, cementerios, servicios urbanos, edificios públicos, viviendas, economatos, hospitales, mercados, iglesias, escuelas, asilos, baños públicos, cines de verano, teatros, campos de fútbol. Y, en consecuencia, la dependencia económica y social con respecto a la empresa se inscribió en el inconsciente colectivo.

Sin embargo, el *micro-estado de bienestar* implantado por los ingleses en Riotinto presentó diversas insuficiencias y contradicciones. Una constante del programa de viviendas fue su carácter discriminatorio, puesto que la Compañía sólo construyó casas para los obreros en el término municipal de Riotinto, y no así en Nerva, que en esto, como en tantos otros aspectos, se sintió siempre marginada de las políticas de bienestar. Además, los “cuarteles” obreros no eran precisamente barrios de viviendas dignas.

Junto al programa de viviendas, el Economato o Almacén –el popular establecimiento creado por la Compañía para abastecer las necesidades básicas de sus empleados a precios asequibles– fue un eficaz instrumento para atraer mano de obra, pero también suscitó el malestar de los negocios particulares, incapaces de hacerle la competencia. En un principio, se especializó en suministrar bienes de uso cotidiano (pan, aceite, jabón), pero después amplió su oferta a otros alimentos y mercancías (ropa, tabaco, vino, muebles, utensilios). En 1892 empezaron a abrirse sucursales en Nerva y en otros poblados de la cuenca minera.

El Departamento Médico de la Compañía asumió la importante responsabilidad de cuidar la salud de los trabajadores, de sus familias y de los vecinos de la zona. El balance de este servicio plantea algunas controversias. Aunque las instalaciones y la experiencia de los profesionales eran bastante notables, el servicio fue insuficiente en su tarea de cuidar la salud pública, puesto que la misión de recuperar cuanto antes al obrero

para el trabajo era una necesidad prioritaria para la empresa. Además, su actuación siempre estuvo subordinada a los intereses empresariales: sobre la salud de los mineros prevalecían la reducción de gastos, el control del mercado de trabajo o la disciplina laboral. Quizá la práctica más grave de todas –intensificada con la llegada en 1908 del nuevo director general, Walter Browning– fue la falsificación del número de accidentes, así como la negativa a hacer la autopsia a los cadáveres de los accidentados para ocultar las causas del siniestro y ahorrarse las indemnizaciones. Inevitablemente esta opacidad se convirtió en una fuente permanente de conflictos laborales y sociales.

El primer fondo de pensiones no se montó hasta 1900, fecha en que la Compañía tenía ya en su plantilla un número considerable de obreros veteranos que habían prestado un largo servicio en la empresa. Pero impuso a los obreros dos severas condiciones para acogerse al Fondo de Beneficencia: la primera, haber prestado un servicio superior a los treinta años; la segunda, haberlo efectuado de forma satisfactoria y con plena lealtad a la Compañía.

Oficialmente, la Compañía siempre sostuvo que sus escuelas sólo pretendían suplir las carencias de la enseñanza pública española. Para ello, destinó varios programas a la escolarización de niños y adultos, que primero partieron de la libre iniciativa de empleados británicos y luego dependieron de la Dirección de la empresa. A partir de 1901 –fecha en que se implantó la Ley que prohibía el trabajo a los menores de catorce años– se produjo un cambio de rumbo en las escuelas: además de la moralización cristiana que venían realizando hasta entonces, de un fuerte componente protestante, se convirtieron en un valioso instrumento para formar a empleados cualificados para las minas. Pero hubo muchos que acusaron a la Compañía de organizar escuelas, sin profesores titulados, sólo con una finalidad propagandística, para que los futuros trabajadores asimilasen una opinión favorable a sus intereses.

La “benevolencia” británica ofrecía a los mineros de Riotinto bastante más de lo que recibían otros trabajadores andaluces de sus empresas o del propio Estado, pero también es seguro que fue menos de lo que machaconamente afirmaba la Compañía en sus circulares de propaganda. Ni en todo tiempo –la política de bienestar se incrementa significativamente a partir de 1912 para contrarrestar, primero, la aparición del fenómeno sindical y, luego, la crisis provocada por el estallido de la Primera Guerra Mundial– ni en todas las poblaciones –Nerva quedó excluida, por su activo sindicalismo– ni todos los obreros –precisamente, aquellos que eran más “conscientes”– recibieron dichas prestaciones. El paternalismo empresarial, por tanto, se asemejaba

más a una inversión que a un donativo a fondo perdido, puesto que todos los servicios que la Compañía prestaba a sus trabajadores eran pagados por éstos y, en muchos casos, obtenía importantes beneficios.

El poder que acumuló la Compañía no sólo se debió a la coerción sino también a la persuasión. Con prebendas y compensaciones, pero también con el poder de la palabra impresa, se ganó el favor de líderes de opinión, magistrados, hombres de Estado, políticos, técnicos y empleados, e incluso entre los propios trabajadores y sus representantes. Riotinto era, por tanto, un trozo de España donde la ley, las convenciones sociales y las instituciones estaban controladas y puestas al servicio de la Compañía británica.

En esta situación de férreo control social, cualquier problema de la Compañía con uno de sus trabajadores era resuelto con el despido del trabajo y la pérdida de la vivienda que habitaba junto a su familia, lo que equivalía a la expulsión de la comarca. Los mecanismos de este control se hicieron especialmente explícitos e intensos en el municipio de Minas de Riotinto, donde los británicos fijaron su residencia. El núcleo de Bella Vista estaba separado del pueblo por una valla y sólo se podía acceder a su interior por dos puertas que siempre estaban vigiladas. El aislamiento físico y social que supuso su construcción fue un ejemplo de la materialización de los patrones culturales británicos y de la implantación de un modelo colonial victoriano.

La explotación de las minas dio grandes beneficios a la provincia. En los primeros años de su existencia, muchos políticos españoles reconocían este hecho. Los diferentes gobiernos de la Restauración, por ejemplo, agradecían las importantes aportaciones tributarias que la Compañía hacía al tesoro público. Sin embargo, hacia 1920, casi cincuenta años después de su fundación, había pocos españoles que apoyasen públicamente a la empresa británica, que había perdido la buena fama inicial como consecuencia de su despotismo, su arrogancia y su creciente intervencionismo en el complicado rompecabezas de la política española. Debido a la amplitud de sus actividades, sus directores se vieron abocados a tratar frecuentemente con el gobierno y con un elevado número de políticos.

La Compañía aprendió rápidamente a moverse dentro del sistema político español y, en virtud de este aprendizaje, se dispuso a dominar los ayuntamientos de la comarca con vistas a aliviar las actitudes exaltadas durante una huelga, a administrar económicamente los asuntos municipales y a gestionar eficazmente las cuestiones sanitarias. La empresa había asumido las competencias municipales referentes al

alcantarillado, la construcción de caminos, el alumbrado y la limpieza de las calles. Además, hacía donativos anuales al ayuntamiento de Riotinto, pero esta generosidad agravió a los municipios circundantes, que albergaban a gran parte de los trabajadores y se sentían por ello merecedores de tal generosidad. En definitiva, su último objetivo no era otro que el de garantizar el orden y el cumplimiento de la ley. La clave residía en controlar al diputado de Valverde del Camino en las Cortes, distrito en el que se encuadraba la cuenca minera, puesto que era éste el encargado de designar a los alcaldes.

2.2. El poder dependiente: los mineros

El poder dependiente, subalterno, que en buena parte de la historia de Riotinto coincidió con el poder sindical organizado, debe ser entendido como una respuesta al poder hegemónico de la empresa. Nerva fue la cuna insumisa e insolente de la resistencia obrera frente a la hegemonía política, social y económica de la Compañía; en el ambiente de libertad de sus calles y tabernas, donde no se sentía el control absoluto de la empresa, se cocían las protestas y los conatos de rebelión. Allí se estableció en 1913 el socialista Sindicato Minero de Riotinto, con secciones en cada uno de los pueblos circundantes y dirigido por los dos líderes sindicales que han pasado a la posteridad de la comarca: Félix Lunar y Eladio Fernández Egocheaga. Su motivación no fue sólo reivindicativa, sino que también desarrollaron una vertiente asistencial, que alumbró una sociedad médica regida por el sindicato, con vistas a competir con el paternalismo británico.

Sin embargo, la capacidad de movilización de estos “agitadores profesionales” – como los llamaba la Compañía–, ya fueran anarquistas, socialistas o republicanos, no se desarrolló en un terreno propicio, puesto que la empresa arbitró diversos procedimientos para impedir que tales individuos se acercaran a las minas en busca de trabajo. Además, los líderes sindicales se hallaron con el problema de la sumisión y la dependencia, así que dedicaron todos sus esfuerzos a generar una disposición de ánimo entre los obreros, un sentimiento de hostilidad hacia la Compañía, para que se produjera el cumplimiento masivo de sus consignas.

Los mineros de Riotinto –los “mohínos”– y los mineros de Nerva –los “chorizos”– se sintieron casi una raza aparte de sus vecinos, superior a la de los campesinos, sin importar la distinción apelativa. A principios del siglo XX, un pueblo andaluz solía estar formado por poco más de doscientas personas, en general pobres

familias campesinas, que subsistían precaria y servilmente de una tierra que no les pertenecía. Los pueblos de la cuenca minera, en cambio, estaban densa y heterogéneamente poblados por hombres que trabajaban en empleos estables a cambio de salarios relativamente dignos, vivían en una economía monetaria y disfrutaban de un nivel de vida muy superior al de los trabajadores agrícolas de los alrededores.

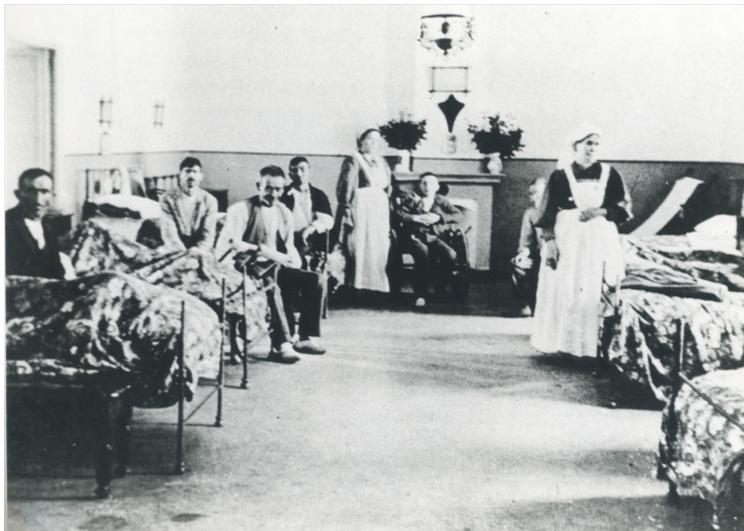
Ese mismo sentimiento de superioridad contribuyó a avivar el malestar y la rebeldía que mostraron los mineros de Riotinto, cuyas raíces se hundían en suelo pantanoso: un feroz resentimiento contra la disciplina –en ocasiones, dictadura– industrial de sus patronos británicos; un intenso desasosiego ante la miseria que contemplaban sus ennegrecidos ojos; unas aspiraciones políticas frustradas por un sistema electoral viciado y corrupto; y la inquietud permanente ante una muerte repentina provocada por un accidente en la mina, inquietud que también les condujo a un despilfarro inconsciente en la taberna que la Compañía y el Sindicato no comprendían ni toleraban.

Los mineros de Riotinto formaron una comunidad excepcional en la Andalucía rural y agraria de principios del siglo XX; una comunidad excepcional que se gestó como consecuencia de una explosión demográfica nutrida fundamentalmente por las partidas de jóvenes inmigrantes que se afincaban en la comarca a finales del siglo XIX. Hasta 17.000 mineros llegaron a trabajar en las minas hacia 1909. Esta gran afluencia de trabajadores jóvenes transformó a los pueblos de la zona en auténticos campamentos mineros, cuyos problemas sociales colaterales exasperaban a los dirigentes británicos: fundamentalmente, exceso de bebida, juego, violencia, prostitución... una combinación tan intolerable como indigesta para la rígida moral protestante y causante de frecuentes reyertas a punta de navaja.

Hasta los años de la Primera Guerra Mundial, la población inmigrante no logró integrarse con los habitantes naturales de la comarca; hasta entonces, su apariencia, su lenguaje y sus costumbres eran tan extrañas como las de los británicos de Bella Vista. La cohesión social, fundamental para la formación de una conciencia de clase obrera, se convirtió en una realidad evidente cuando nacieron nuevas generaciones capaces de considerar Riotinto como su lugar de origen y de asentarse en comunidades alejadas de los desordenados campamentos mineros. Además, el desarrollo gradual de la vida familiar entre los mineros ayudó a estabilizar la comunidad, con la consiguiente disminución de la delincuencia y la violencia.

Las mujeres y los niños también formaron parte de la fuerza laboral de la Compañía, sobre todo en los primeros años de explotación británica de las minas, ante la escasez de mano de obra. Trabajaban junto a los hombres y así aportaban un valioso suplemento al ingreso familiar. Pero, una vez terminada la corta del filón sur, hubo pocas oportunidades de trabajo para las mujeres. El servicio doméstico en las casas británicas de Bella Vista fue la única posibilidad que tenían ante sí, pero sólo ocupó a una pequeña proporción. Además, la mujer desempeñaba una función esencial para el bienestar de la comarca: la Compañía fijó que los sueldos fuesen percibidos directamente por las esposas de los mineros, a fin de evitar que el jornal se dilapidara en el juego, las cantinas y los prostíbulos.

2.3. Riotinto en imágenes²



Hospital (1905)

Habitación con trabajadores enfermos y personal sanitario. Puede ser el antiguo centro del Alto de la Mesa. Integrado en el paternalismo empresarial de la Compañía, el Departamento Médico asumió la importante responsabilidad de cuidar la salud de los trabajadores, de sus familias y de los vecinos de la zona. Sin embargo, el balance de este servicio plantea algunas controversias: aunque las instalaciones y la experiencia de los profesionales eran bastante notables, el servicio fue insuficiente en su tarea de cuidar la salud pública, puesto que la misión de recuperar cuanto antes al obrero para el trabajo era una necesidad prioritaria para la empresa.

² Todas las fotografías pertenecen a los fondos documentales del Archivo de la Fundación Río Tinto.



Retrato de los ingleses (1914)

De izquierda a derecha, el doctor Russell Ross, las enfermeras Ferrier y Ford, y el doctor Forrest. Los empleados británicos de la Compañía y sus familias intentaron recrear en miniatura el tipo de sociedad victoriana que habían dejado tras de sí en Gran Bretaña. El deliberado aislamiento urbanístico de la colonia británica, que fue más fuerte que el contacto diario con los trabajadores españoles, acabó levantando también unas barreras culturales impenetrables a fin de conservar sus convenciones sociales y sus actitudes nacionales.



Retrato de los mineros (1880)

Familia de obreros procedentes de Portugal. Hasta los años de la Primera Guerra Mundial, la población inmigrante no logró integrarse con los habitantes naturales de la comarca; hasta entonces, su apariencia, su lenguaje y sus costumbres eran tan extrañas

como las de los británicos de Bella Vista. La cohesión social, fundamental para la formación de una conciencia de clase obrera, se convirtió en una realidad evidente cuando nacieron nuevas generaciones capaces de considerar Riotinto como su lugar de origen y de asentarse en comunidades alejadas de los desordenados campamentos mineros. Además, el desarrollo gradual de la vida familiar entre los mineros ayudó a estabilizar la comunidad, con la consiguiente disminución de la delincuencia y la violencia.



Fiesta británica (1920)

Juego de carreras con cuchara y huevo en el día del cumpleaños de la reina Victoria. Al fondo, la capilla presbiteriana de Bella Vista. La progresiva segregación entre las dos comunidades, que se debió fundamentalmente a la actitud de gran parte del personal británico, se agudizó con la importación de algunas costumbres de la metrópoli.



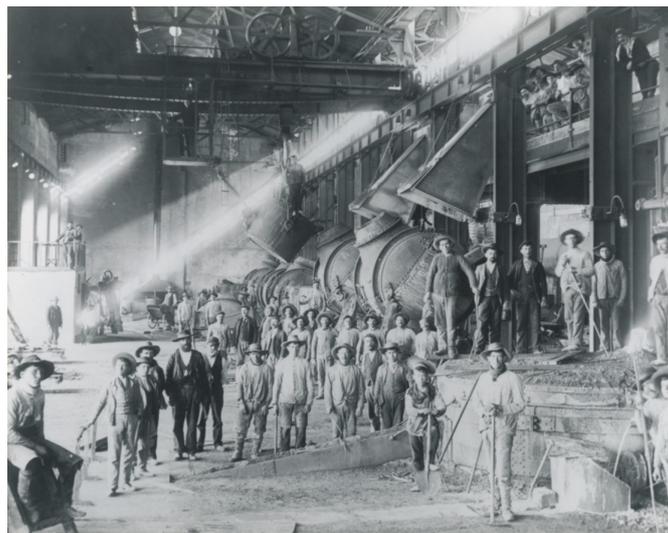
Fiesta española (1917)

Procesión en la nueva villa de “El Valle” después de la inauguración de la nueva iglesia dedicada a Santa Bárbara, patrona de los mineros.



Recreo burgués (1911)

Demostración de ejercicios de boxeo entre británicos sobre un palo. Al fondo, algunas casas de Bella Vista.



Trabajo proletario (s.f.)

Interior de la Fundición, hornos Bessemer.



Orden y vigilancia (1910)

Guardiña de la Compañía, posando con traje de vigilante nocturno. La empresa organizó un servicio de vigilancia digno de la mejor dictadura. Desplegó sobre la zona una tupida red de espionaje e información, a cargo del eficiente cuerpo de guardiñas, una especie de policía privada autorizada por el Gobierno español. Su amenaza permanente inspiraba miedo en la población, puesto que la denuncia de un guardiña equivalía a la expulsión de toda la zona minera.



Calcinaciones (1896)

Teleras encendidas junto a la línea ferroviaria. El “año de los tiros”, en 1888, fue uno de los episodios más trágicos de la historia de Riotinto. Los mineros y los terratenientes de la comarca se unieron contra la Compañía, en una especie de alianza a la griega, para protestar contra los humos procedentes de la calcinación de los minerales al aire libre por el procedimiento de las teleras. La manifestación convocada por ambos colectivos el 4 de febrero de 1888, ante el Ayuntamiento de Riotinto, terminó con la sangrienta represión de la Guardia Civil.



El hundimiento (1908)

Destrucción de la iglesia parroquial para la extensión de la Corta Filón Sur. El periodista Ciges Aparicio visitó la cuenca minera en el verano de 1908 para escribir una serie de reportajes sobre el hundimiento del antiguo pueblo de Riotinto, ocurrido en enero de 1908. Así, trataba de saciar la curiosidad que tal acontecimiento había despertado en la opinión pública española.



Corta atalaya (1900)

Panorámica del corazón de la mina, una inmensa excavación a cielo abierto. Detalles de las galerías, del ferrocarril y de los trabajadores.

3. *El tren de la memoria*, un documental sobre la emigración española a Alemania

El tren de la memoria (España, 2005) es un documental dirigido y escrito por Marta Arribas y Ana Pérez que narra –de una forma tan original como crítica– la emigración de los dos millones de españoles que, en los años sesenta y setenta del siglo pasado, salieron del país con destino a Alemania, Francia, Suiza y los Países Bajos. La mitad eran clandestinos y viajaban sin contrato de trabajo. El 80% no sabían leer ni escribir. Y ante todos ellos se levantaba el muro del idioma y de las costumbres diferentes. Personalizado a través de la historia de Josefina y de otros testimonios, que recuerdan su viaje y su vida en Alemania, *El tren de la memoria* se nutre, tal y como comentaremos a continuación, de los planteamientos de corrientes historiográficas como la historia desde abajo, la microhistoria, la historia de las imágenes o la historia oral.

Josefina fue uno de aquellos españoles que emigró a Alemania a principios de los años sesenta en uno de aquellos trenes fletados por el país europeo para recabar mano de obra barata para sus fábricas. Apenas contaba dieciocho años, era prácticamente analfabeta y nunca antes había salido de su pueblo. El documental recorre con Josefina el camino de vuelta a Nuremberg, la ciudad a donde llegó a trabajar, y su reencuentro con los compañeros de entonces que se quedaron allí. Entre todos trenzan un relato cargado de dolor producido por la ignorancia del idioma y la marginación a la que fueron sometidos, instalados en barricadas cercanas a las fábricas, que se convirtieron en auténticos guetos.

Emitido en el programa de La 2 “Versión Española” y exhibido en las salas de cine, *El tren de la memoria* recibió varios galardones, entre los que destacan el Premio del Jurado del Festival de Málaga y el Premio al Mejor Documental Español en el Festival Internacional de Documentales del Sur , DOCUSUR.

[Proyección de algunas secuencias del documental]

El tren de la memoria plantea una forma *radical* de hacer historia en la línea del historiador británico E. P. Thompson, puesto que aspira a hacer presente un pasado no bien conocido desde el compromiso social y el cuestionamiento crítico. Es decir, el documental cubre una laguna en la reciente historia de España y salda una deuda con los protagonistas de unos tiempos difíciles de los que apenas sabemos algo más que un escueta historia oficial y unos cuantos tópicos. En suma, detiene su mirada sobre unos acontecimientos y unos sujetos que han permanecido silenciados e ignorados durante mucho tiempo con el firme propósito de otorgarles la voz y la visibilidad que no han tenido. Además, en la línea de la historia desde abajo, los testimonios principales que

integran el documental pertenecen a personajes secundarios, a gente corriente, a fin de rescatar la acción y la experiencia de los perdedores de la historia.

En consonancia con su planteamiento radical, *El tren de la memoria* es un ejemplo original y paradigmático de cómo hacer historia desde un enfoque radical y micro, empleando dos tipos de fuentes, relegadas a un segundo plano por el historicismo convencional, pero de una gran utilidad para explicar y desmitificar el pasado reciente: las imágenes y los testimonios orales.

Josefina Cembrero fue uno de esos dos millones de emigrantes españoles que, en los años sesenta y setenta del siglo XX, soñaron con una vida mejor. Con ella el documental emprende otra vez el mismo camino que había realizado cuarenta años atrás. Un recorrido histórico y sentimental hasta su destino: el trabajo en cadena en la fábrica Q-Elle en Núremberg, Alemania. Con dieciocho años, la mayor de seis hermanos, sin apenas formación, y empujada por la necesidad y por la “psicosis migratoria” del momento, tomó una decisión. Salió por primera vez de su pueblo y se subió a uno de los trenes especiales para emigrantes sin saber muy bien qué le esperaba en su destino, en un país que nada tenía que ver con el suyo.

Ella y sus compañeros de viaje, formados en el mundo rural, se desplazaron en el espacio de cuarenta y ocho horas hacia un mundo obrero e industrial. Pero entraron en él por la puerta trasera, como obreros sin cualificación profesional, trabajando en condiciones infrahumanas, viviendo en alojamientos insalubres, y muy lejos de una posibilidad de integración en la sociedad que les recibió. La mayoría de ellos consiguieron su objetivo: ahorraron y enviaron unas divisas a España que fueron fundamentales para el desarrollo económico de nuestro país. Sin embargo, eso no se vio ni se ha visto recompensado con la atención y el espacio informativo que hubieran merecido. De ellos sólo tenemos una imagen folclórica, ignorando el drama individual de unas personas que llegaron indefensas y desinformadas, dispuestas a trabajar de sol a sol para llenar la hucha y que poco a poco fueron tomando conciencia de sus derechos y comenzaron a luchar por ellos. Este es el caso de Josefina, protagonista junto con otras compañeras de barracón de una de las primeras huelgas organizadas por españoles.

Por tanto, el documental comparte con la microhistoria una serie de características fundamentales, tales como la reducción de escala (explica la emigración española a partir de lo particular, de la pequeña comunidad); la importancia del relato (es una historia bien escrita, bien contada, mediante un relato creíble, lineal, coherente y bien construido); la definición específica del contexto; no hay una sola historia lineal

sino muchas historias, lo que ofrece una visión múltiple y poliédrica del fenómeno histórico; la documentación es tratada rigurosamente; y establece conclusiones macro a través del estudio micro de gente corriente.

Esto no sólo ocurrió en Alemania, también en Suiza, Francia y Holanda, donde se refleja cómo se lideró una lucha política y sindical que unos años atrás en la España de Franco jamás ninguno hubiera imaginado protagonizar. Sólo fueron una minoría pero gracias a ellos y a sus acciones (se ocuparon iglesias, se paralizaron fábricas) los países de acogida fueron poco a poco regulando mejor derechos y deberes aunque al mismo tiempo fue apareciendo también la xenofobia. Se ha de reconocer también que los muros de esas dos sociedades separadas se resquebrajaron por varias partes: se celebraron matrimonios mixtos, hubo muestras de solidaridad de una parte de la sociedad nativa, manifestaciones de apoyo a los huelguistas y ciertas políticas que mejoraron y equilibraron los derechos de todos.

En este sentido, *El tren de la memoria* realza también la importancia de lo cotidiano, de los aspectos materiales y culturales, no sólo políticos y económicos, para explicar la vida de aquellos emigrantes españoles y acercarse a su realidad. Para ello narra su día a día, cómo vivían, cómo trabajaban, las normas, sus experiencias, las costumbres o la integración. Y lo hace poniendo el énfasis en la dimensión simbólica y emocional de la historia, contando no sólo lo que hicieron sino también lo que sintieron, dando prioridad a lo cualitativo frente a lo cuantitativo, desvelando lo que hay oculto tras lo aparentemente obvio o aceptado (el choque cultural e idiomático, la xenofobia, las visiones estereotipadas) y mostrando una sociedad regida por la desigualdad, la dominación y los conflictos, que provocaron a su vez formas de reacción y resistencia entre los emigrantes españoles.

Muchos emigrantes manifiestan sentimientos contrapuestos y admiten llevar “en su corazón” a los países de acogida. Fueron cuarenta años de vida allí. Junto a los testimonios de los emigrantes, la participación de cónsules, agregados laborales, trabajadores sociales, empresarios, agentes de aduanas, sacerdotes... componen un mosaico apoyado por un archivo de imágenes rescatadas por toda Europa e inéditas en España ya que durante el régimen de Franco este tema fue obviado en buena medida.

Como decíamos más arriba, el documental se enmarca también dentro de la historia oral por dar voz a aquellos cuyos puntos de vista y valores que han sido oscurecidos por la historia desde arriba. De hecho, prescinde de la voz en off, de la figura de un narrador externo a la historia, objetivo u omnisciente, y utiliza como fuente

principal del relato el recuerdo personal de varios testigos vivos. Esto permite corregir la fiabilidad de otras fuentes (fundamentalmente oficiales), centrarse en detalles minuciosos, así como en lo único y contradictorio, y desmitificar afirmaciones inamovibles que han modelado nuestra visión del pasado sobre la modélica emigración española. El empleo de fuentes orales supone varios problemas, tales como la subjetividad, la fragilidad de la memoria o la explicación desde el presente, pero al mismo tiempo las entrevistas conllevan en ocasiones el descubrimiento de documentos escritos y fotografías, de carácter privado, pero muy útiles para el historiador.

El tren de la memoria es un documental audiovisual y, en consecuencia, se enmarca también dentro de la historia de las imágenes, sobre todo por la forma y la finalidad con que utiliza este tipo de fuentes históricas. Las fotografías y las películas en 8 milímetros nos permiten captar aspectos que los textos pasan por alto, aquello que no se expresa con palabras, la sensibilidad colectiva, puesto que los rostros de la gente dicen cosas si se sabe leer en ellos. Su función no es sólo la de ilustrar los testimonios orales de los personajes de la historia, sino la de contar otras cosas, la de contrarrestar, por ejemplo, la versión oficial e “inocente” que ofrecen los reportajes de propaganda del NODO.